

University of California, Los Angeles



L 007 273 572 3

equilibrándose, lo poético y lo prosaico se dan cita en estos poemas que se fundamentan, por una parte, en la memoria y el verso, por la otra, en lo convencional y lo anecdótico, de manera que a veces se recurre a modalidades de lo narrativo sin llegar nunca a descuidar la tensión propiamente lírica del texto. Enmarcados dentro de la violencia de los años sesenta, los tópicos de esta obra (la mujer, el amor, la muerte y la política) se expresan a través de un lenguaje a veces iracundo y siempre irónico.

Miyó Vestrini (seud. de Marie-Jose Fauvelles) nace en 1938. De origen francés, miembro del grupo *Apocalipsis* en Maracaibo (1958), fue fundamentalmente periodista; en los años sesenta dirigió la página de arte de *El Nacional* y posteriormente la revista *Criticarte*. Este volumen recoge sus tres poemarios publicados (*Las historias de Giovanna*, *El invierno próximo*, *Pocas virtudes*) y otro inédito hasta el momento de su desaparición en 1991.

**MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA**

A L T A Z O R



TODOS LOS POEMAS Miyó Vestrini

PQ
8550.32
V639A17
1994



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A
X
0
0
0
0
2
1
2
2
3
8
0

Miyó Vestrini

**MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA**



TODOS LOS POEMAS

Hoy en día es mucho más que un acto nostálgico releer la obra olvidada y a menudo ignorada de Miyó Vestrini, «una poesía declaradamente enunciada por una mujer, con la que su autora asentó las bases de una de las facetas más intensas y ricas de la producción de los setenta a los noventa», tal como señala Julio Miranda en el prólogo de esta edición.

Questionándose, corrigiéndose.

University of California
Southern Regional
Library Facility

TODOS LOS POEMAS

Miyó Vestrini

Prólogo
Julio Miranda

**MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA**



1ª edición, 1994

D. R. © MONTE AVILA LATINOAMERICANA, C. A., 1993
Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN: 980-01-0783-5
Diseño de colección: Vicky Sempere - Carlos Canudas
Realización de portada: Claudia Leal
Fotocomposición/paginación: La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

EL CANTO DE MUERTE
DE MIYO VESTRINI

PQ
8550.32
V639A17
1994

LAMENTAR la poca atención que se le prestó siempre a la espléndida poesía de Miyó Vestrini (1938-1991) sería algo así como una queja ritual, en un país que concentra —también ritualmente— homenajes y estudios en torno a media docena de poetas contemporáneos —algunos de los cuales, por lo demás, son verdaderamente grandes creadores. ¿Contribuyeron a este persistente descuido la intrínseca amargura de sus textos, su más visible oficio de periodista cultural, su condición de mujer, su difícil encasillamiento generacional o grupal, la misma actitud de la autora que en ningún momento buscó promocionarse...? Qué importa, al cabo. Lo que importa es esta edición de todos sus poemas, publicados e inéditos, de cara a una relectura de nuestra lírica que habrá absolutamente que hacer alguna vez, quizá ya —por las fechas— en el siglo XXI.

Para ella, y considerando textualmente irrelevante la pertenencia de Miyó Vestrini al grupo «Apocalipsis» de Maracaibo, propongo aquí, libro a libro, un doble eje de interpretación: la de una poesía que se quiso —y fue— totalizante, englobando existencia, literatura y política (como la de muchos miembros de la generación «del 58» o «del 60», de Cadenas, Acosta Bello, Calzadilla, Aray, a Caupolicán Ovalles y Valera Mora); la de una poesía declaradamente enunciada por una mujer, con la que su autora sentó las bases de una de las facetas más intensas y ricas de la producción de los setenta a los noventa.

LAS HISTORIAS DE GIOVANNA

Una mujer cuenta —recuerda, inventa— la vida de otra, implicándose —reflejándose, desdoblándose— a sí misma en el relato. El anecdotario, hecho de unas cuantas escenas precisas —pero de bordes desdibujados, de contextos inasibles o múltiples— y de una serie de referencias más sueltas o generales, se trenza y destrenza en el flujo reiterativo con que la hablante, más narra-

V27-11628

1360997

dora que sujeto poético, refiere fragmentos de la existencia de una muchacha; interviene comentando, recordando o adelantando la «trama»; dialoga con los personajes. No es fácil —y además, probablemente no importe— armar las piezas para obtener una figura exacta. El poema, por otra parte, no es un rompecabezas o un acertijo. Y, desde luego, queda claro lo esencial del retrato, el sentido —o el sinsentido, si se quiere— de esa apretada trayectoria de la que se nos dan determinados segmentos significativos: infancia de inmigrantes italianos pobres, con el padre trabajando en una carretera en la costa y la madre renegando del nuevo país; niña haciéndose mujer en el pequeño pueblo; viaje a Italia con la familia (¿al celebrar sus quince años?); vida en Europa, sola, por su cuenta; encuentro amoroso (¿en Roma?) con un hombre que pareciera ser un revolucionario latinoamericano; muerte de la joven, en una manifestación o protesta callejera, de localización igualmente problemática. Al expresar mis dudas, aludo también a la riqueza de un texto «abierto» que, por encima de sus procedimientos usualmente narrativos (alternancia de primera —en singular y plural—, segunda y tercera personas; estilo indirecto libre; síntesis de planos temporales, vueltas atrás; personajes, etc.) y de su combinación de verso y prosa, es fundamentalmente lírico. Con sus 2.500 palabras, Miyó Vestrini no escribió un cuento de ocho páginas —hubiera podido perfectamente hacerlo— sino un denso y doloroso monólogo de treinta y tres páginas en la edición original (Tiempo Nuevo, Caracas, 1971), jugando con los blancos, con la extensión desigual de los fragmentos, con el hecho de que al volver la hoja el verso se convierta en prosa o viceversa. Y hablo de «fragmentos» y no de textos o piezas, porque las historias de Giovanna es un poema-libro perfecto en cuanto tal, uno de los más orgánicos de la producción venezolana contemporánea, del que sería impertinente recortar o entresacar «pedazos», aunque tal grupo de versos o tal escena puedan brillar por su cuenta.

A todo lo largo de la obra, la hablante o narradora, la que dice «nosotros», «tú», «yo», se acerca y aleja de su ¿protagonista? que es, quizá, la destinataria principal, ideal aunque imposible, del discurso. Si el centro del libro se dedica mayormente al relato de la vida de Giovanna, al comienzo y al final se subraya la presencia de esa voz que, en los dos sentidos, es la que cuenta. Así, en los primeros 17 versos, la hablante apela a un tú que es indudable-

mente el de Giovanna (fantasmas y sueños de infancia, tristeza, recuerdos de Nueva York y Roma, polaridad norte-sur que tensa hasta el desgarramiento a la muchacha) para, al pasar la página, dirigirse en nosotros (ella y Giovanna, seguramente, pero también los miembros de toda una generación) a otro tú: el del adolescente emblemático —abruptamente surgido e invocado sólo en esa segunda página, y tras cumplir su función, nuevamente borrado— al que pertenece en exclusiva el futuro y que, por contraste, sentencia a la hablante y los suyos al «pasado roñoso», la frágil ilusión, el alcohol, la burla, la farsa: «Privilegio tuyo esta guerra,/ esta sangre,/ cosas que huelen a muerte,/ pero que estallan en la noche,/ con inmenso ruido de manos alzadas./ Adolescente profano, odioso, irritante,/ sonreído adolescente,/ heredero absoluto de un futuro iracundo,/ para nosotros,/ pasado roñoso,/ para nosotros,/ suerte y licor,/ magia de colina,/ pájaros en vuelo/ decían,/ burla,/ farsa».

Si estos versos explicitan una condena —personal y generacional— reiterada en toda la obra de Miyó Vestrini; si su tono y parcialmente el contenido hacen pensar en un concreto poema publicado quince años más tarde, «Los paredones de primavera» (Pocas virtudes, UCV, Caracas, 1986), en que traza el áspero programa de educación, basándose en los horrores contemporáneos (Hiroshima, Dachau, escuadrones de la muerte), de un hijo que «Tendrá la memoria que no tuvimos/ y creará en la violencia/ de los que no creen en nada» —pero careciendo, al parecer, de esas armas que aún entonces estallaban en la noche «con inmenso ruido de manos alzadas»; si esto es así, en este lugar, las historias de Giovanna, inicialmente paralelas a la «biografía» o a la «novela» fragmentaria, constituyen una marca epocal, la de la lucha armada —confirmada más tarde con las manifestaciones contra la guerra de Vietnam—, pero también sugieren o introducen una «sombra» que acompañará constantemente a la historia de amor de la muchacha. En ambos casos, pudiera considerarse una poética que declara a este libro —y a su registro de derrota— tan existencial como político, así como nos ha resultado tan individual como colectivo. Y, no menos, tan situado históricamente —segunda mitad de los sesenta— como válido más allá de esos años.

Y en las últimas páginas, la hablante o narradora vuelve a traer hacia sí los hilos del discurso, siendo ella ahora el tú que se

compara con Giovanna («Como tú ahora,/ ella mira por la ventana y tiembla de frío»), en una identificación peculiarmente femenina que agrega o más bien explicita o subraya un rasgo central de esa poética: su enunciación por una mujer, con otra —o con ambas— como protagonista(s), con lo que se ilumina a su vez el carácter también peculiarmente femenino de la materia dramática: esa actitud de espera pero igualmente de disponibilidad y de pasión, de protección al hombre al que ama, esconde, arropa; esa herida en el vientre; esa soledad, en el pasado de Giovanna y en el presente de la hablante.

EL INVIERNO PROXIMO

Los últimos versos de Las historias de Giovanna enlazaban a ambas mujeres en una común expectativa de lo frío por venir («nada puede hacer sino esperar el invierno»), cuando aún había un hombre a su lado («Todavía duermes contra mí, amado,/ como si nada hubiese ocurrido,/ tiemblo,/ pequeño habitante de un paraje que nunca fue mío»). El siguiente libro, El invierno próximo (La Draga y el Dragón, Caracas, 1975), despliega en sus ocho primeros poemas lo que no es sino una vivencia por adelantado de la estación de lluvias, hielos y nieblas o, lo que vendría a ser (¿casi?) lo mismo, de «el temblor y la soledad». Con variaciones, nombrando o no el invierno, una actitud similar prevalece en la mayoría de los demás textos.

Las bellas fotos de Germán González que acompañan la edición original, con sus paisajes reconociblemente andinos, podrían cargar el sentido hacia lo venezolano y lo rural. Pero este invierno, desde luego existencial, lo vive la hablante en una serie de contextos como los que permeaban geográficamente el libro anterior. De manera que si hay, en los versos, muros encalados, matas de sábila, azulejos, colinas, bosques, páramos, hay también un puerto, una ciudad, un barco, un bar, andenes, tabernas griegas y atisbos de París. ¿Quedaría lo segundo del lado del recuerdo, mientras que la —más o menos— precisa localización nacional circunscribe el momento de la enunciación? No del todo ni siempre; además, «La larga noche de diciembre comienza en este mismo instante», lo que remite, al menos en el poema X, a un

invierno del norte, que el resto de las referencias hace europeo. Al cabo, en el mundo de estos textos, en su realidad, lo que tenemos es una estación sintética que concentra lo áspero y lo frío, donde la hablante y sus amigos y amados sólo podrán estar tristes o muertos, solos en ambos casos, rodeados por la niebla y la lluvia.

De esta evocación melancólica, hecha desde el insomnio y el alcohol, que homogeneiza los textos del libro, se salen cuatro poemas que me parecen particularmente interesantes. Así, el IX, con su dolorosa ironía sobre las inútiles conversaciones que, remitiendo a la situación nacional («el país necesita,/ el país espera,/ el país tortura,/ el país será,/ al país lo ejecutan», etcétera), evacuaba el conflicto con palabras probablemente pronunciadas en la tertulia de un bar. Por su parte, los XII y XIX entiendo que concentran numerosos temas que la poesía venezolana escrita por mujeres va a desarrollar (¿ignorando su enraizamiento objetivo en la obra de Miyó Vestrini?) posteriormente, llenando los setenta, los ochenta y lo que va de los noventa con su particular fuerza expresiva, detallando la «condición femenina» a la luz de golpes, psicoanálisis «normalizador», sujeción a determinados patrones de belleza, tareas domésticas, maternidad agrídulce, abortos, cuerpo convertido en objeto de múltiples manipulaciones —amantes, médicos, asaltantes... Sería al menos curioso comparar la acumulación de cosas, acciones y funciones del poema XIX, que lleva al inevitable grito de la mujer, con la precedente lista trazada por Luis Britto García en «Ser», uno de los cuentos de Rajatabla (Ediciones Bárbara, Caracas, 1970), definiendo una existencia venezolana de clase media mediante los enseres que lo han acompañado del nacimiento hasta la muerte. El poema de Miyó Vestrini no es sólo una versión «en femenino» de la cosificación, sino también una protesta casi aterrada, proferida desde dentro. Finalmente, el XXI cierra el libro con un diálogo entre mujeres del que sólo oímos una de las voces, en el que a la soledad y al desamor, al despecho «boleroso», al aburrimiento y a las lágrimas se une la referencia a «la memoria y la guerra y los fantasmas de mierda», lo que nos remitiría una vez más a Giovanna, a la derrota política y existencial, al país —torturado, ejecutado— de una hablante también (ver poema XIX) pacificada y jodida.

Los 27 poemas de este libro (muchos de ellos breves; combinando con frecuencia verso y prosa, aunque de manera menos sistemática que en Las historias de Giovanna; volviendo a escenarios habituales en la autora: Roma, Nueva York) no hacen más que detallar lo avanzado en los dos anteriores, pero acentuando un canto de muerte que tiñe la mayoría de sus textos.

Cierto que la muerte nos acompaña siempre en esta poesía, de diversas formas. En Las historias de Giovanna quizá podíamos distinguir entre una muerte «militante», la de las armas democráticas que estallan «con inmenso ruido de manos alzadas», y también la de la propia muchacha, comprometida en algún tipo de acción («Después de ti,/ tantas otras han muerto,/ pero ninguna de ellas por razones tan buenas como las tuyas»), y una muerte «natural», ya anunciada por «la rigidez en la nuca» al levantarse. Se desea «una dulce muerte» pero se sabe y se teme que «cierta forma de morir más ruda nos espera», acaso igualmente —o además— por causas políticas.

En El invierno próximo se reitera el anhelo de «que la muerte sea simple y limpia/ como un trago de anís caliente/ o una palmada cuyo eco se pierde en el monte», donde más se subraya lo sencillo y lo súbito que lo «paisajístico», y refiriéndose al alcohol que en este libro, si no en toda su obra, es exorcismo («me dedico a la bebida para evitar el infarto»), plenitud de la que se carece («Si yo hubiera tenido un padre borracho y alegre») y, quizás, única o última forma de inocencia («un borracho que canta/ es más que suficiente/ para la inocencia»). Por lo demás, en el futuro —de la hablante y de los suyos— no hay sino tristeza o muerte y es ésta una «vida de mierda» donde «rien ne va plus».

La distinción, en Pocas virtudes, encarnaría en la alternativa entre amor y muerte, que es a veces la de matar o morir. Comparado con frecuencia a la furia, pero también a lo dulce, en suaves y discretos elogios de la carnalidad, ese amor con compañeros lunáticos y desastrosos —como la hablante, claro— es lo único que salva o mitiga la repetida sensación de ser agredida a muerte en numerosos poemas, por asesinos conocidos o anónimos, en medio del horror cotidiano y sin gloria: «muerte de grandes ciudades/ y pocas virtudes», que quizá encuentra su expresi-

sión más intensa en el poema «Muy poco y muy gris el tiempo que te queda».

El miedo de morir no resulta contradictorio con el «quiero morir antes de tiempo», en situaciones de soledad, tristeza, asco: «Si hubiera sabido todo esto/ no me agarran viva», llegando al elogio del suicidio (asociado a un abuelo que era «alto, triste y bebía a escondidas» y «se lanzó al Rin», en el poema «Llego tarde porque me siento sola») o enarbolando, en contraste, «la verdadera ira de los suicidas». Por otra parte, ese mundo «de aguaceros infernales/ y planicies oscuras» que queda para su hijo («Los paredones de primavera») no invita demasiado a seguir viviendo. Mientras que, en una época que parece haber reducido la entidad de aquel estallido de bombas revolucionarias al sensual «estallido secreto de nuestras bocas», sólo el amor—por encima de la fragilidad de las uniones— es capaz de revertir la victimidad de la hablante o su atracción por el suicidio: «Te oigo debajo de mí/ respiras y sueñas/ y regresa el corazón palpable/ decidido a latir/ latir/ latir/ y matar».

VALIENTE CIUDADANO

En contraste con la decena de textos que, en el libro anterior, oscilaban entre las 20 y las 60 palabras, el hasta ahora inédito Valiente ciudadano se decanta por la extensión: de sus 21 poemas, la mitad tiene entre 200 y 400 palabras, mientras otros seis superan holgadamente las 100. Con ello, pasamos de la concentración, la estilización y el relativo «ocultamiento» de datos, a la explicitación, el despliegue anecdótico, cierto prosaísmo y una vuelta a la narratividad. Hay algunas enumeraciones (filmes, autores: Mallarmé, Lautréamont, Eluard, etc.). Se multiplican las referencias al contexto urbano (supermercados, bares, restaurantes, autobuses, vecinos...), en correspondencia con el detallamiento de las actividades cotidianas (cocinar, bañarse, ir de compras...). Pero, en general, no se pierde la intensidad.

Desde el primer poema, «Valiente ciudadano», sigue el canto de muerte, con una inédita apelación a Dios que no sea probablemente más que una figura retórica, y asociado parcialmente a cierto sentimiento de culpabilidad, anteriormente aparecido en

el texto número XX de *El invierno próximo*, con una similar relación con la muerte. Lo que era entonces: «No en vano/ he sido tan cruel,/ no en vano/ deseo/ cada tarde,/ que la muerte sea simple y limpia», es ahora: «Dame, señor,/ una muerte que enfurezca./ Una muerte tan ofensiva/ como a los que ofendí», y: «Permíteme, señor,/ contemplarme como soy:/ el rifle en la mano/ la granada en la boca/ destripando a la gente que amo». La reducción de las armas a instrumentos de agresión a los suyos es otro signo del cambio epocal. La lista de heridos, a lo largo del libro, incluiría —y entendiéndolo siempre que la hablante sufre tanto como ellos— a la madre, al hijo, a los amantes. A la primera —ya maltratada en algún texto de Pocas virtudes— se le pide cuentas por la doble pertenencia de la hablante, desgarrada entre la cultura francesa y la latinoamericana: «Vete a la mierda,/ me dijo mi madre/ cuando le reclamé todo esto./ Se dio vuelta hacia la pared y murió./ Ocupé su sitio/ detrás de la mesa/ y dejé que peinaran mi cabello» («Animal de ocasión»). Asumida, entonces, como propia la condición de madre, ella la ejerce con una mezcla de dureza y ternura, de ironía y amargura, expresada en el poema «Caricia», menos áspero al cabo que «Los pardones de primavera», del libro precedente.

Las crisis de pareja ocupan varios textos («Vidrios rotos», «La llamada», «El mensaje», «El dolor»), articulándose en «Aranjuez» al canto de muerte, a su vez asociado a otro de los temas recurrentes: la degradación del cuerpo. Ironizando el suicidio, se detallan las crecientes imperfecciones de una carne sometida al tiempo. Lo mismo se hace en «Diagnóstico», exponiendo desde el útero a los dientes a un examen implacable y, por supuesto, condenatorio. También, trazando un arco del nacimiento —en 1938, como la autora, y en paralelo al fallecimiento de Vallejo— a la muerte, presentida, temida y deseada, fingida o vivida por adelantado en el texto, se lleva a cabo en «Un día de la semana», verdadero poema «de cuerpo presente» en el irrisorio escenario de un bar:

La noche anterior estabas decidida:
si no puedo dormir,
escogeré la muerte.
(...)
Sólo dijiste:

dos partos,
diez abortos,
ningún orgasmo.
Y tomaste un largo trago de vino.
(...)
Morir
requiere tiempo y paciencia.

Se entiende, entonces, la justificación del suicidio de su amiga «Beatriz», que a los 53 años (¿los que tendría Miyó, si el poema fuera de 1990-91?): «No quiso participar en la grotesca ceremonia/ del elogio a la decadencia». Se nos notifica, además, que ya la hablante cometió algún intento frustrado, médicamente castigado, como se registra, con escalofriante ¿frialdad?, en «Zanaboria rallada»: «El primer suicidio es único./ Siempre te preguntan si fue un accidente/ o un firme propósito de morir./ Te pasan un tubo por la nariz,/ con fuerza,/ para que duela/ y aprendas a no perturbar al prójimo». Mientras que la polaridad amor-muerte, vigente aún en Pocas virtudes, se ha adelgazado hasta desaparecer en la práctica.

En suma, como sabemos, triunfó el canto de muerte: el suicida de papel que es casi todo poeta, no siempre se salva.

Julio Miranda

*LAS HISTORIAS
DE GIOVANNA*

A Mary
A Mariana

Los pétalos marchitos de la tía,
el impermeable del abuelo en la perchera,
fantasmas acorralándote en los espejos,
memoria de baratijas,
todavía dices estar triste por eso,
sueño descomunal de una infancia
que va y viene
como pájaro de mal agüero.
Pasó el momento de llorar recordando
el suave olor invernal del Hudson,
y los galopes,
a toda carrera,
hacia el final de la vía Cavour,
Roma,
primavera,
estallante nostalgia,
acecho desde el sur,
torbellino subterráneo de ciertas playas del
norte.

Algo tan duro como las puertas que los
parientes batían sobre nosotros
viene contigo,
soberbio,
exasperante adolescente,
contigo,
tendido allí,
bajo el tenue soplo de un aire vivo.
Privilegio tuyo esta guerra,
esta sangre,
cosas que huelen a muerte,
pero que estallan en la noche,
con inmenso ruido de manos alzadas.
Adolescente profano, odioso, irritante,

sonreído adolescente,
heredero absoluto de un futuro iracundo,
para nosotros,
pasado roñoso,
para nosotros,
suerte y licor,
magia de colina,
pájaros en vuelo
decían,
burla,
farsa.

Toda la noche, Giovanna le ha sostenido la cabeza esperando que concluya su delirio. Giovanna, semidesnuda, muerta de risa, impregnada de un perfume oscuro y dulce. Giovanna que le habla entre dientes y mira de reojo la hora. Giovanna, despeinada, con el brazo entumecido a fuerza de aguantarlo contra el diván.

Hacíamos votos por una dulce muerte
y hoy,
continente de flores claras,
sofocadas por el humo de los hornos,
sabemos que cierta forma de morir más
ruda nos espera.

¿Lo sabías tú, Giovanna?

Después de ti,
tantas otras han muerto,
pero ninguna de ellas por razones
tan buenas como las tuyas.

Sonabas los dedos al cruzar la esquina,
para que te trajera buena suerte,
decías,
gritando no se sabe qué cosa,
la chaqueta azul,
los cuatro botones dorados,
los zapatos de lona y el viento
revolviéndote los cabellos.

Todo mezclado, Giovanna,
como esa neblina que enturbia la fuente de la
plaza

y nos llama a la dulzura de una sola estación.
Pequeña trampa cotidiana,
para echarnos
de cara al cielo,
para no advertir
sangre y agua y frutas,
temblor en los ojos de los vivos,
prisa en los ojos de los muertos.

He andado el país, Giovanna,
de nada sirve haber amado tanto la lluvia,
el olor del mar,
los revolcones en la hierba,
flores claras del continente,
idioma brutal,
these things you don't forget,
insoponible, Giovanna,
aquello que golpea desde adentro
largo dolor jamás concluido
descubierto un día,
hace mucho,
mucho tiempo.

Viene de paso, ha dicho, y desde un principio quiso tocarle los senos y hablarle del sur, mirarla, preguntarle si entendía lo que le estaba diciendo. Es imposible, Giovanna, murmuraba, saber ahora cuándo comienza la primera aventura europea y si alguna vez existió. No importa ignorarla, reducirla a una voraz temporada de camas deshechas, cuentos inacabables y tristes, idéntica luz que desde el balcón se mezcla con el oeste de la ciudad. Pienso que es grave, Giovanna, no poder confundir los acontecimientos, en una sola historia lisa y tranquila, con personajes normales o no, siempre en orden alfabético. Y de esa historia sabríamos tú y yo, tú en estas playas del norte, yo en mi departamento del sur.

Conocíamos bien el desorden de las mañanas
de octubre,
la rigidez en la nuca, que comienza al
levantarse,
espantoso signo de que nos vamos a morir,
tiesos y enérgicos,
incapaces de hacer un gesto para evitar
el síncope.

Creíamos que la costumbre de recordarlo todo
era razón suficiente
para no hacer sino lo indispensable.

Si de memoria se trata,
no seamos cómplices, Giovanna.
No es la fresca sombra del Luxemburgo,
ni el callejón de la vieja linterna,
ni Dálmata, ni Praga,
ni el taburete que gira,
ni el olor a fritura.

Como ahora tú
—y no estoy recordando, podría jurarlo—,
escucho el jadeo,
aspiro el olor de aguas ácidas,
olor que permanece después de las risotadas,
retumbando contra las paredes del reservado
llenas de letreros obscenos.

Como ahora tú, Giovanna,
canto una balada,
miro los vasos que van de mesa en mesa
y hago el amor sobre banquetas de raso rojo.

Giovanna ha soltado los cabellos grasosos del hombre, confundidos ahora con el terciopelo del diván. Cierra la bata, se recoge la larga melena hacia atrás, sin dejar de mirarlo, sin dejar de ver la tapicería rota en algunos sitios. Teme complicar la rutina adquirida de una vez por todas, cuando después de ver en una vitrina del centro aquella mujer rubia y esplendorosa que invitaba a conocer Grecia y los mares del sur, decidió que las luces del Mediterráneo y los jardines colgantes de Babilonia serían un día su única y gran aventura. El hombre está despierto, Giovanna lo sabe. Giovanna rehúsa hacer café, lavarse la cara, vaciar los ceniceros. A la espera de algún acontecimiento, se sienta frente a él, con el aire del norte a sus espaldas, indiferente ya a todo juego.

Que nadie lo dude:
él amaba a Giovanna, después de una
noche con ella,
borracho,
inclinado sobre la cubeta,
dejándose sostener la cabeza por Giovanna,
Giovanna con el vestido desabrochado y
un solo zapato puesto,
«ragazzo triste come me, ieri ti ho visto al
bar»,
y ahora le tiembla el vaso en la mano
sobre el mostrador lleno de porquerías
él, aún avergonzado de no haber podido
hacerle el amor a Giovanna,
de haberla tendido desnuda sobre el piso,
tratando de penetrarla con gestos locos de
alguien
que le ha pagado cuatro dólares a una puta.
Todo el tiempo pasado en el sofá.
Esa manera de contemplarlo,
como si ambos estuvieran a punto de morir.
Nunca te vio, Giovanna, años más tarde,
tendida sobre la camilla
gimiendo a propósito con monotonía,
apretando la mano de la enfermera,
con aquella estupefacción en los ojos claros,
flores claras del continente,
sangre que huye desde el vientre,
último temblor de las ciudades visitadas alguna
vez,
frágil,
concisa visión de los árboles que rondan,
madre dulce para tocar y oler, gritaba,
¿qué habrá tras las montañas donde día y

noche cantan los pájaros?
Sin recordar a Giovanna,
preveía la nostalgia de la noche,
el lento olvido de los días siguientes.
Le hablo del sur y no comprende,
hace ya varias horas
 que me sostiene sin moverse,
se ve cada vez más agotada,
 cree que me voy a quedar con ella,
y mira el titular «le blanc,
 la bombe atomique lui pétera au cul»,
y se confunde de nuevo en el hilo de una
 historia,
que nada tiene que ver con Giovanna,
ni con el mar.

Giovanna trata de encontrarse con el hombre en algún lugar de la ciudad, pero no es el sur, no es el sur, se repite desolada, y canta «oh baby, oh baby». Los dos han salido a horas habituales: él todavía de paso, ella, apacible personaje de otoño.

Ya no puedes equivocarte en torno a los sitios,
Giovanna,
hay ahora un límite para todos ellos.
Mapas de tierras rojas, ríos y mares azules,
líneas negras de caminos,
líneas grises de aeropuertos,
el dedo sobre el papel sigue la distancia exacta
entre el puerto y la montaña,
la ribera y el sur,
y él imagina la historia de Giovanna,
la historia que contará Giovanna
cuando salga de su departamento del norte,
con el croquis de un departamento del sur en
su bolsillo.

Querida Giovanna, no te hablé bien de mi insomnio, ni de las
latas de cerveza sobre la mesa redonda, donde te escribo ahora.
En el croquis, invertí el orden del balcón, de la cocina, sala de
baño y comedor, para que todo lo recuerdes mal, para que me
veas en la sala cuando en realidad estoy en el cuarto, para que
eches al olvido la memoria que crees guardar, para que en invierno
no sepas cómo tengo ganas de ti.

Ocurrirá cuando hayan pasado quince días,
cuando Giovanna comience a sentirse
hostil y agresiva.
Hoy, lee los periódicos,
imagina la guerra,
trata de descifrar fotografías borrosas,
«...cuatro mil o más manifestantes
desfilaron contra la guerra del Vietnam
en Kufuer»,
no entiende el nombre,
salta algunas líneas,
regresa al principio,
se pregunta qué estará ocurriendo,
abierta a toda sospecha,
culpable, piensa,
de hacer tantas cosas al mismo tiempo,
de no obedecer órdenes útiles y precisas,
de nuevo la conserje,
el ascensor que chilla entre el primero
y el segundo piso,
y el desaliento, querida Giovanna, para que
todo lo
recuerdes mal.

Deja que el periódico resbale bajo el brazo,
para ganar tiempo,
recogerlo,
buscar la llave,
entrar,
evitar el sofá roto y los platos sucios,
mientras en el otro extremo de la ciudad,
pese al brusco estupor que lo asalta,
el hombre está a punto de despertarse.
No podías entonces, Giovanna, sino guardar

silencio en la oscuridad
recordando lo leído en la revista,
como una historia confusa y extraña,
de un hombre que había muerto en el sur.

Giovanna se mira el pulgar, lo imagina en una caja de metal, rodando de un lado para otro, con pellejo y uña; lo toca cálido y vivo encerrado en la palma de su mano, latiendo, latiendo, latiendo.

No podías entonces, Giovanna, sino ocupar
tu tiempo en la memoria,
pequeños recuerdos de avenidas y plazas y
árboles,
o coserle el ruedo a la bata gris
o asomarte al balcón tratando de ver el mar.

Giovanna, no recuerdo cómo se llega hasta tu casa, es increíble lo corto que ha sido el día, todo se parece un poco a tu olor de ayer. Si al menos, Giovanna, supieras mi nombre o entraras a comprar cigarrillos en este bar, podría hablarte otra vez del sur. Giovanna, por muchas vueltas que dé en esta ciudad desconocida, no te voy a encontrar. Me sentaré en el paseo iluminado, es forzoso que pases, alguna vez entre hoy y mañana.

Cuando Giovanna cumple años,
el capitán la invita a sentarse a la mesa
adornada,
y ese día
el barco cruza la línea del ecuador.
Alguien aplaude más fuerte,
Giovanna sopla las velas,
inclinada hacia adelante, la cara sudorosa,
el traje con lacitos y la cadena de oro,
ella piensa ya en Santa Margherita de Ligure,
Grosseto y Carrara,
nombres mezclados a la ira de la madre,

que los pronuncia como un conjuro, que tuerce la boca cuando el sol en el patio la enloquece, que llora de desconsuelo cada vez que abre el baúl. El padre llega a la caída de la tarde, siempre con algo que contar, el peón mordido por la culebra o el avance de los trabajos en la carretera costeña. En la habitación, el abuelo habla de la voz aguda de la madre, *in crescendo* decía. En las postales que todos los días lleva al Correo, la madre escribe «aquí hace mucho calor» y sigue llorando muy fuerte, durante semanas, hasta que el padre le promete un viaje a la capital y un crucero por el Caribe.

Han soplado las velas, el vino italiano es acre,
recuerdas, Giovanna,
los galopes a toda carrera,
aburrirnos menos, habías dicho,
dejar de repetir que aún no era nuestro turno,
como si para entrar en una batalla, decías,
hubiese que esperar un turno, un ticket,
una cola,
una chapa de metal, un carnet,

y Giovanna comenzó a correr alrededor de la plaza, saltaba obstáculos con sus largas piernas, gritaba a voces consignas de soldado, levantaba su falda contra el viento, sacudía los brazos, inmensos pañuelos de seda. Locos, asesinos, gritaba, la plaza se llenó de gente y cuando estalló el ruido, el silencio, nadie se atrevió ya a cruzar hacia ella.

Fuiste la primera en amarlas, Giovanna,
flores claras del continente,
y aún repetías en la camilla
con aquella voz de pajarraco,
locos, asesinos,
mientras nueve mil kilómetros de calles en
Nueva York
se cubrían de escarcha y sangre.

Historias,
historias,
chillaba el padre,
sobre la mesa la madre ha puesto el pollo frito
y las tortas de harina,
afuera,
el calor hace chillar el portón de metal
y, desde la plaza, los muchachos silban a
Giovanna.

Ella no sabe aún
que tendrá que esperar más de un año
para que la inscriban en la escuela del pueblo
y la lleven a saludar al dueño de la botica.

En el autobús, Giovanna ha visto el gesto del anciano cuando escupe una gruesa y roja saliva en un vaso de cartón y trata de vaciarlo por la ventana. El viento abate sobre Giovanna el líquido viscoso que ahora resbala en su brazo. La madre grita furiosa mientras limpia a Giovanna un pañuelo blanco y agua de colonia. El viejo se voltea para mirarla: Giovanna se ríe con él, sucio y desdentado, con ese azul impreciso que tienen los ojos de los viejos. Llegan. La madre le cuenta todo al padre y termina llorando, preguntando otra vez cuándo nos iremos de aquí, cuándo regresaremos a Europa a celebrar la Pascua Florida. Desde la plaza los muchachos silban a Giovanna, de nuevo, y ella los mira, riendo y haciendo gestos. Giovanna llora y se pasa la lengua, allí donde el viejo la había escupido.

Tal vez,
imaginando que un día iré al Sur,
podría ahora,
como tú,
asomarme a la ventana
rascándote el pecho, me dijeron,
y no recordar ya nada.
Dirían entonces que Giovanna no tiene
 nostalgia
y que algún apasionado delirio
le ha devuelto Florencia,
el paseo en lancha con los padres,
los amigos de la plaza,
la montaña y los pájaros,
dirían que no es más que una pequeña
 historia,
de esas que siempre terminan bien.
Nadie ha venido hasta ahora,
ningún galope en la noche,
ningún rumor que sobresalte a Giovanna,
tendida sobre el sofá,
dormida en la camilla,
sentada en la oscuridad.

Flores claras del continente,
si alguna vez he llorado sobre ellas,
en cuclillas o de pie,
es ahora,
cuando el mar corre a mis espaldas,
 como un paisaje de provincia.
Historias,
historias,
dice Giovanna,
todo nos es común,
salvo ese principio de otoño,
salvo las voces de los niños,
salvo la hierba fresca,
el abrigo vino tinto y los zapatos
 que filtran la humedad.

Cuando caí, del otro lado de la plaza,
solamente pensé en los largos días de pena,
en la quietud del Trastevere,
en esa espera, que había sido inacabable.
Te vi, encorvado y triste,
mirando el puerto de Hamburgo,
esperando que yo despierte
para llevarme a comer
y a montarme en el tranvía.
Se mueve la cortina en la penumbra,
trapo lanudo, oloroso a madera sucia,
y a manera de un animal que inverna,
Giovanna se apretuja contra ti,
habla de todas las guerras, de todos los amores,
¿esperarás alguna vez a Giovanna en
 Hamburgo?
Apenas recuerdas el otro sitio,
el trago fuerte, tu risa sobre ella,
papá, mamá, ven a ver,
delirio implacable de la memoria,
historias,
historias,
murmuras,
aun sabiendo que al acecho
otra memoria de muerte te vigila:
no tendrás tiempo suficiente para llegar a
 Hamburgo antes que ella,
y esperarla.
De esas cosas que recuerdas, Giovanna,
me sorprende todavía cuando enciendes
 las luces.
Te miro apenado,
los pies anchos y palurdos ensuciando el piso,
tú, preguntándote,
por qué acepté guardarlo unos días,
es mejor no decirte cómo me llamo
 ni de dónde vengo,
y tú recordando que yo había dicho lo mismo,
acostado en el sofá

me dormí de un solo golpe, con la boca abierta.
Giovanna le coloca encima una manta,
mira de cerca la barba espesa de varios días,
el cuello sucio de la camisa
la mano encogida
la pequeña cicatriz en el brazo.
Pero Giovanna ya no puede inventar nada,
ni sentarse al lado del hombre dormido
esperando que llegue el alba.
Como tú ahora,
ella mira por la ventana y tiembla de frío.

Quisiera oír su opinión, te dije, Giovanna,
el hombre camina a lo largo de la habitación
atento al rumor,
es una bella historia, responde Giovanna,
no quiero que tenga recelo,
y el hombre se detiene
alto y silencioso,
como ahora tú,
pensando en el sur.
Mil caídas,
diez mil personas lamentándose,
en los oídos de Giovanna el estruendo,
antes de pensar que va a sentirse mal,
antes de imaginar la náusea,
el peso repentino del vientre;
nada puede hacer sino esperar el invierno,
un leve coraje apenas, hace golpear más aprisa
su corazón.
Todavía duermes contra mí, amado,
como si nada hubiese ocurrido,
tiemblo,
pequeño habitante de un paraje que nunca fue
mío,
olvido,
flores claras del continente.
De todas las cosas que hoy recuerdo,
como ahora tú, Giovanna,

entre hoy y mañana,
en el paseo iluminado.

EL INVIERNO PRÓXIMO

A Mariana
A Luis A., por las rosas rojas de Broadway
A Marta y Angel
A María Teresa

*No tenemos sino esta virtud: comenzar cada día la vida
—frente a la tierra, bajo un cielo que calla—
esperando su despertar.*

Cesare Pavese

I

a Raúl

Días tranquilos que pasan como una ráfaga de viento
porque el invierno próximo,
lo sé,
cuando no hayan testimonios posibles
que mitiguen el temblor y la soledad,
bufará la lluvia tras los muros encalados.
Tardío se hace este invierno,
imágenes del invierno próximo
arrogantes y graves
como el desorden de la casa.

II

Ahora,
la estación de las lluvias está próxima
y no es cosa de preocuparse.
Cuando el vecindario amanezca sofocado por el furor,
pensaremos en la rudeza de nuestros antepasados
y la vecina,
recogidas sus anchas piernas desnudas,
me mirará,
muy quieta,
preguntándose
por qué me importa tanto el invierno próximo.

III

No sientas el puerto
ni la tinta
ni el río
ni el vino bueno
ni las hojas creciendo bajo el hielo
ni las calles confusas de la ciudad,
no te dejes ir:
atiende esta larga ceremonia en la cubierta del barco
especial ceremonia de la gente
que quiere saber cómo será el invierno próximo.

IV

Alguien se levanta
abomina las imprecaciones
sabe que al fin,
habrá algo no memorable.
Obscenos,
definitivamente,
los ojos del amigo
dónde nace el conjuro.

V

El invierno próximo
estarás triste,
recordarás a Mahler
o habrás muerto.
El invierno próximo
vamos a estar tan solos
como si la niebla se lo hubiera llevado todo:
la tierra,
el verano,
la casa de la esquina,
el bar,
los andenes,
las tabernas griegas
y el motel que reposa
arriba,
sobre la colina.

a Soledad

Cada vez que oscurece
 amor mío,
 me sorprende un rostro brumoso en los espejos
 y escucho cómo llueve fuerte,
 cómo llueven los aguaceros.
 El recuerdo
 la terrible indisposición de los que recuerdan algún lugar,
 ¿hay alguien en el camino?
 no hay nadie en el camino
 amor mío
 y paso distraída
 sin ver el balcón donde chillan los azulejos.
 Temo recordarte aún el invierno próximo
 y la madrugada ya andando,
 hago el último,
 furioso intento,
 para dormir sin sueños ni claridades.

Han concluido los paseos,
 los silencios amables,
 el ruido sobre la grava,
 tu cuerpo fatigado.
 Cuando llegue el invierno próximo
 estaré en el cerro
 tendida,
 enojada,
 estremeciendo el techo de madera.

VIII

A causa del invierno próximo,
tiemblo detrás de ti.
Huelo,
me asombro,
y viene de nuevo
la transparente pesadumbre.

IX

El país, decíamos,
lo poníamos en las mesas,
lo cargábamos a todas partes,
el país necesita,
el país espera,
el país tortura,
el país será,
al país lo ejecutan,
y estábamos allí por las tardes
a la espera de algún doliente
para decirle
no seas idiota
piensa en el país.

a Elías

La larga noche de diciembre comienza en este mismo instante.
 Mi dulce desventurado
 qué gris
 qué fugitivo estás.
 La lumbre crepitante en tu memoria
 es posible silbes entre dientes,
 no sé,
 tan dócil,
 tan disponible,
 tan muerto sin remedio en la pared de enfrente.
 Pienso en tu rencor,
 en tu áspero desarraigo,
 en L'Ile Saint Louis y el polvo de la Sierra,
 en el olor del cuero de las monturas,
 y en tu respirar a golpes
 la espalda encorvada y cruel.

Entra la vigilia del desvarío,
 el lento grito,
 el temible resentimiento.
 Aunque no te reconozca entonces
 esperaré
 la caja de vidrio con el rruiseñor adentro,
 el llanto que estalla bajo las matas de sábila,
 una velada,
 cualquier cosa que nos reúna,
 alegremente.

a Luis Camilo

Me levanto
 no me levanto
 me detestan
 me ligo
 atropello a un motociclista con alevosía y premeditación
 me entrego al complejo de edipo
 deambulo
 estudio con sumo cuidado las diferencias entre dirritmia-
 psicosis-esquizofrenia-neurosis-depresión-síndrome-pánico-
 y me arrecho
 quedo sola en la casa cuando todos duermen
 compro una revista que cuesta seis dólares
 le roban la cartera a mi mejor amiga
 me agarran
 amo a mi amigo
 lo empujo
 lo asesino
 recuerdo el paraguas de Amsterdam
 y la lluvia
 y el gesto airado
 me dedico a la bebida para evitar el infarto
 mastico la comida cincuenta veces
 y me aburro
 y me aburro
 adelgazo
 engordo
 adelgazo
 me transo
 no me transo
 me quedo quieta y lloro
 alguien me toma en sus brazos
 y me dice quieta quieta estoy aquí
 dejo de llorar

escucho el viento que sopla cerca del mar solamente cerca
 [del mar
 acepto que existan cucarachas voladoras
 descubro que todas mis amigas tratadas por psicoanalistas se
 [han vuelto totalmente tristes totalmente bobas
 me leen el oráculo chino y me predicen larga vida
 vida de mierda digo
 subo al carro
 bajo del carro
 comprendo de un solo viaje cuánto petróleo hay en un barril
 me dicen apaga la luz
 la apago
 me preguntan ¿ya?
 me hago la loca
 me acojo a la pacificación
 me joden
 duermo apoyada en la barra
 oigo la voz del español de siempre que se caga en diez
 alguien llora otra vez a mi lado
 me pegan
 me pegan duro
 hay luna llena
 corro por la carretera que bordea la montaña,
 saco la cuenta,
 no me sale,
 me duele el pecho,
 se hace de día,
 el rojo gana
 rien ne va plus.

a Germán

Si yo hubiera tenido un padre borracho y alegre,
un padre de esos que cruzan el páramo a caballo,
dejando que el frío cale hondo,
el desconsuelo sería más pequeño.
Si yo hubiera tenido un padre burlón,
de esos que llegan de madrugada
buscando el fogón prendido
y el café
y la cobija caliente,
sabría cantar, beber, enamorar,
como lo hacen todos los padres de pueblos.

Escucha cómo paso de largo.
Propicio es el tiempo
para el brazo
que reposa
sobre tu flanco.
Para un primer canto de alondras,
para una mansa vereda
y un olor de piernas en reposo.
Escucha cómo paso de largo
y todo se hace tan frágil,
tan triste.

Me dejo cerrar por ti
 cuando se intenta
 estar afuera
 o al contrario,
 llegar.
 Y en la temblorosa apariencia del hombro rendido,
 en el volverse tranquilo
 entre sueños,
 descubro enigmas que terminarán en un instante
 cuando todo esto
 no sea más que un hábito.

En la frente que me mira desde la hierba
 se reúnen,
 de golpe,
 los quebradizos ecos del bosque.
 Hace frío en estos paisajes
 en estas noches
 y el mismo dolor sobrevive a tus espaldas,
 esplendorosa salamandra
 que ciega mis pasos
 recogiendo palabras inauditas,
 impunes a toda evocación.
 Que no duela, que no duela,
 ah esos tontos gritos de niños
 cuando algo va a quemar a cortar a romper:
 la pesadilla parpadea aún
 la tengo en el puño
 y se deshace cuando quiero
 en el agua pulposa de los precipicios
 porque,
 te lo dije,
 va y viene el fulgor
 el insufrible mal
 de todo tenaz afecto.

XVII

Está un poco lejos
solamente
y el respirar
se hace
un
movimiento
mientras el cuerpo gira sobre la tierra
hasta tocarte,
apenas visible
en el resplandor de los grillos.

No hay cielo
ni lluvia
por los alrededores
solamente
un calor
que se hace
grave
y duro
en mí.

XVIII

Amigos
indolentes y serios
espantando para mí
la primera luz
el primer estruendo
 tierno vituperio
 tierna desidia
un borracho que canta
es más que suficiente
para la inocencia.

a Mary

El cuello
hermoso y largo
doblado hacia las piernas
piensa

las palabras los balbuceos el niño el mercado la oficina
el atardecer los manotazos la cama el café el servicio
el arroz la literatura el mercado el automóvil el ginecólogo
las pinzas el éter los parientes el dinero los recibos
el periódico la muerte la revolución el campo la cía
los candidatos los ratones el i ching las pantuflas el
rubor la crema de día la crema de noche el lavado el trago
la espiral la muerte el mercado la vecina los golpes
el teléfono las facturas la casa
y grita.

La tristeza
amanece
en la puerta de la calle.
No en vano
he sido tan cruel,
no en vano
deseo
cada tarde,
que la muerte sea simple y limpia
como un trago de anís caliente
o una palmada cuyo eco se pierde en el monte.

Toda la vida no vas a tener ganas de saltar cuando veas el mar o cuando haya luna llena, toda la vida no se tiene ganas de hacer lo mismo, ¿entiendes?, si, eso eso, respira hondo y cálmate y pide un trago y mira hacia otro lado, hacia donde quieras, pero que no sea espejo, porque vas a empezar otra vez, que si la memoria y la guerra y los fantasmas de mierda y el tiempo que no pasa rápido, ¿no te fastidías? siempre lo mismo, el perro que ladra y la luz que agoniza, eres la única que lo ve así, a ver, pide un trago y óyeme lo que te voy a decir,

por la mañana

los ojos se llenan de lágrimas

porque no hay locos en la casa

y tarda mucho en hacerse de noche

y las multitudes

y esa luz de la tarde que revienta

tiempo,

cautela,

no lo digas otra vez, todo eso me da en la madre, si ya sé lo de la fatiga, lo del desafecto y el estupor, y no me importa el marido frustrado de Creeley, empezando que no sé quién es el bolsa ése, confórmate, ¿ves? todos los días la gente regresa a su casa, ¿no? y no vas a componer las cosas arrechándote por una cama o una cortina floreada o una mesa cuadrada, métete un viaje de toña la negra o de leo marini o de la bola de nieve y cálate tus cuentos y los míos, y hablando de infortunios, no me metas, ¿o.k.?

POCAS VIRTUDES

Para Salvador y La Negra

EN EL PATIO DE ANAÏS NIN

En el patio de Anaïs Nin
dilapido mi muerte

perdida pero obstinada, lleno el vaso de agua para el
sudor de la madrugada y estiro la colcha viendo la
arañita quieta en el techo, siempre con el frío de la
noche anterior, siempre el mismo,

y de ese patio, recuerdo sobre todo el olor,
aquel encuentro que nadie tomó en cuenta,
porque el día era muy gris
y temíamos
la gente amaneciera triste.

Había lo imprevisible en ese patio.
La estatua del niño de mirada inmovible,
toquecitos de cielo, lluvia y palomas.
Un viajero que mentía para no llegar a su destino.
Un extraño transeúnte de abril.
Un asesino desencantado por la brisa

que decía no tengas miedo, son ruidos
de madera de algún vecino melancólico,
de algún aparecido. Y seguía rondando,
miraba y medía la niebla, casi pasaba
a otro tiempo, tiempo para que no
empezara nada de nuevo.

En el patio de Anaïs Nin,
despiertan a veces los días malos

despiertan el agua y las campanas y las
palabras rigurosas y el furor ciego de los
solitarios y el golpe sobre los ojos y los

que te ven, como si nada pasara. Todo un
enojo de graznidos, bullas, desazones,
confusiones, monotonías, hasta la quietud
de la muerte, cuando será inútil ya agitarse.

En el patio de Anaïs Nin,
los tragos son dulces y demoníacos

dan vueltas y más vueltas,

aplauden a mi amado

el más amado de los lunáticos.

En el patio de Anaïs Nin,
no se aceptan extraños

y menos aquellos que vengan de coléricas comarcas.

En el alto techo, habrá tiempo para tu cuerpo y el mío

nada diré de tu bienaventuranza, de tus
mañanas de jazmín, de tus insoportables
desastres. Correrás bajo el paso rápido
de las nubes y darás el santo y seña junto
a la fuente.

En el patio de Anaïs Nin,
cuando duermes y me amas,
es ahora el día de todas las furias juntas.

DE LETANIAS Y POCAS VIRTUDES

Son tantos
quienes han de saltar a la batalla
y herirme
a muerte

muerte de grandes ciudades
y pocas virtudes
con sus siete cuadrantes a la deriva
su paz funesta del reciente octubre
su carne elástica dulce
y colérica

colérica la arena volando en Ostia
empañando globos de cristal en las vidrieras
un ojo ya sin vida
el otro abierto
en la avenida

avenida por donde viene
el agua

agua de todos los días
acercada a
mi boca

boca triste de grandes palabras
lenguas duras como madera recién cortada
se ocupan
de mi

mi delito
delito de largas y profundas noches
cuando la lluvia tarda en caer
y todo me hace pensar

en mi padre
en mi madre
en la tierra
mal cerrada

cerrada por cuatro malhechores
no identificados

identificados tu nombre el mío
los otros
la gente

gente amada
ausente
presente
ida

ida
como mi tía
la de la roja cabellera en Burdeos
en la casa

casa de pisar duro
donde se trata de no llorar a despropósito
mientras un poco más arriba
campiñas y pequeños monstruos
festejan a diario
un saludo
un escrito
un vilipendio

vilipendio:
quien lo haya escrito por primera vez
lance la primera
piedra

piedra de mi única morada
cuando brazos tenaces me enseñaron el desafecto
la casa de empeño

la incertidumbre
el regreso

regreso del último acto

acto de ser tan triste y tan muerta
como soledades de otros
países

países a los que no me dejaron
ir

ir con el asombro
para una o dos
palabras

palabras
espera
te las voy enseñar
boleros o saudades o melancolías descaradas
o audacia

audacia es
de bares
de lugares amados
de encontrar al hombre de tu vida
de maltratar a la que fue
tu madre

madre
una vez muerta
no hubo soledad
ni rigurosos ejercicios para
olvidar

olvidar a los miserables
ajenos
al amor
amor

SOLO TU DIRAS, AMIGO MIO

He dicho de la infelicidad
 mañanas apresuradas
 sol amargo
 meridianos

He dicho de las indecisiones
 borracheras de percal
 lívidas bocas
 palmas arriba

He dicho de los insultos
 manos sobre la mesa
 salida de adolescente
 barriga de miel

He dicho de los insolentes
 risotadas
 desperdicios
 rencores

Pero de las colinas
 dirán los otros
 los olvidados del azar

De los esplendores
de los fervientes y puros deseos
del estallido secreto en nuestras bocas
de la curvatura dulce en el cuerpo que despierta
 sólo tú dirás
 amigo mío.

¿QUE DECIRTE HOY?

Qué decirte hoy
si la madrugada fue tan difícil
madrugada de estigmas y estertores
sin espacio
 para ti
 para mí.

Al fin nos han encontrado amado
y somos exactamente como nos inventaron:

dolidos
fastuosos
desanimados
cómicos
furtivos
borrosos
desmadrados

LOS PAREDONES DE PRIMAVERA

No enseñaré a mi hijo a trabajar la tierra
ni a oler la espiga
ni a cantar himnos.
Sabrá que no hay arroyos cristalinos
ni agua clara que beber.
Su mundo será de aguaceros infernales
y planicies oscuras.

De gritos y gemidos.
de sequedad en los ojos y la garganta.
de martirizados cuerpos que ya no podrán verlo ni oírlo.
Sabrá que no es bueno oír las voces de quienes exaltan
[el color del cielo.

Lo llevaré a Hiroshima. A Seveso. A Dachau.
Su piel caerá pedazo a pedazo frente al horror
y escuchará con pena el pájaro que canta,

la risa de los soldados
los escuadrones de la muerte
los paredones en primavera.

Tendrá la memoria que no tuvimos
y creará en la violencia
de los que no creen en nada.

LOS PODEROSOS

Nada sentimentales
los poderosos
Nada amables
los poderosos
Nada sinceros
los poderosos
Nada sensibles
los poderosos
Eso sí
rancios
ejecutantes
vivisectores
graciosos
ostrones
los poderosos.

EXTRAÑO ADIVINADOR DE PALABRAS

a Alfonso

Mi bebé
niño grande
extraño adivinador de palabras
 vas a crecer
con ojos de pomarrosa abiertos a la lluvia
 a la escarcha
y serás como de pájaros y faroles.
Nunca faltará algún idiota
 que te hable mal de los profetas.
Cuando eso ocurra,
márchate al pueblo donde nació tu padre
y búscate una casa
 donde canten las chicharras.

EN MARZO NO SE NACE DOS VECES

En marzo
 no se nace dos veces.

Me lo aseguran
 embistiéndome
 a pesar mío
gimiéndome
 a pesar mío
lamiéndome
 a pesar mío
estropeándome
 a pesar mío
matándome
 sin remordimiento alguno.

NADIE PARECE ESTAR YA TRISTE

Nadie parece estar ya triste.
El rumor lento y grave del agua,
trata de abrirse paso
y llegar hasta aquí.
Impunemente,
se enumeran bienes y quejas y languideces.
Algo habrá de ocurrir
si persiste este canto asonantado.

HORA DE PUTOS Y PERROS NECIOS

A esta hora
no se sabe qué hacer

y es siempre a esta hora de putos y perros necios,
cuando recuerdo. Todos los días, perdido este tiempo,
tú sabes, el rostro entre las manos, las piernas recogidas,
la viva imagen del dolor en la pesadez de la tarde.
Inmóvil en los escombros, inmune a los desastres,
no puede ser ya de otra manera.

Y es la misma hora
la de hoy
la que vendrá todos los días
la que me jode.

CUANDO LEVANTO LA CABEZA DE MADRUGADA

Cuando levanto la cabeza
de madrugada
es un corazón palpable
estruendoso
asfixiante
ocupando él solo toda la habitación,
trepando hacia la ventana
como para escapar y cambiar de sitio,
instalándose en el jardín del vecino

Rumor de largas horas
cortadas a golpes
cuando creo en la resurrección de los muertos
en los verdugos desahuciados
en hilos, papeles y latas,
en niños que juegan sin gritos
en zuecos de madera que suenan y suenan
en las malas imágenes como para irse a otro sitio
en una flaca espantando ratas
en los tulipanes que nunca terminan de florecer.

Te oigo debajo de mí
respiras y sueñas
y regresa el corazón palpable
decidido a latir
latir
latir
y matar.

DESACATO A LA MUERTE

Desacato a la muerte
eso intento.
El testigo ha dado la espalda,
la casa ha sido derrumbada.

Cuánto silencio para un dolor tan pequeño

¿joder has dicho? siempre tus
palabrotas tus disparates. Estás
jugando a la intemperancia y si
de cansancio se trata nadie podrá
ya aliviarte de la sombra y la
pausa. ¿Joder has dicho?

La jauría no viene:
siempre ha estado allí.
El susurro de la advertencia
atenaza mi garganta.

Cuando despierto
al otro día
carcomida por la noche
oigo sirenas petardos olores
y nada que apacigüe mi temblor

hola cómo te va qué has hecho qué hay
de nuevo qué vas a hacer bien nada no sé cuando nos veremos
llámame pasa por aquí no dejes de hacerlo si vieras lo triste que
está pero no importa mañana será distinto bueno lo de anoche
no hables de eso recuerda lo que dice salvador no me atormentes
tómame un trago ya se te pasará y qué le voy a decir otra vez a
pedir perdón es que siempre va a ser así tienes que entenderlo
no le pares nos vemos a la una chao te espero.

Me oigo crujir
debatir
sonreír
partir
gemir

y nunca dejo rastros
que no sean estos pasos de la infamia.

CIERTAS JORNADAS SE HACEN LARGAS

Ciertas jornadas se hacen largas.
Nadie pregunta cómo las paso.
El rostro de los agresores
se mezcla
con el de los agredidos
No se sabe
cuántos sobreviven
a la masacre.

MUY POCO Y MUY GRIS EL TIEMPO QUE TE QUEDA

Soy frágil
para los amados.

Algún asesino más poderoso
más fuerte
me interceptó cuando cruzaba
el callejón de los cuchillos
y me atajó.

Silencio mujer
dijo
de nada valdrá tu queja
en este momento
ni en los otros.

Muy poco
y muy gris
el tiempo que te queda
en esta madrugada de perros realengos
y borrachos asustados.

Déjame un instante
dije,
medir la luz que todos los días
me recibe y me abandona.

Déjame llorar un rato a solas.
Pero sólo había frío
en el callejón de los cuchillos.

NO HAY RAZON PARA ENVEJECER JUNTOS

SORTILEGIO

a William Irish

No hay razón para envejecer juntos.
Ya no hay sitios para el desasosiego
para el temor.

Mientras pasan por ti,
todos los caminos del verano
desasidas tus manos y las mías
hay en el pórtico de la casa
pájaros atentos al momento de tu estupor
a lo perturbado de tu alegría.

Es la carretera empinada
la que nos lleva a Caulfield.

¿Me crees, amada?

No te detengas:
las canciones son malditas
algún sortilegio quebrará tu traje blanco.
Ya no estaremos juntos
y quiero morir antes de tiempo
tiempo de Caulfield.

Seré lo que tú quieras
penitente y amado
pero cerraré los ojos
para no envejecer juntos.

*LLEGO TARDE PORQUE
ME SIENTO SOLA*

DESHABITADA

Llego tarde

porque me siento sola
y no siempre es necesaria la advertencia
esa que se acostumbra
cuando las cosas cambian.

Mi abuelo decidió suicidarse:

era alto, triste y bebía a escondidas.

Mi abuela decía que beber era cosa del demonio
y lo perseguía por toda la casa

con una escoba

hasta que aburrido

se lanzó al Rin.

Me dejó una carta

para decirme que volvería a la vida
cuando en lo más verde de la colina

mi voz llegara a ser más fuerte que el rumor del mar.

LA ESPESURA RUTILANTE DE ESTE GOZO

Unas veces,
es la mujer flácida y dormida
la que espera.

Ajena a los tumultos,
duerme de costado contra la pared.
Sueña que no habrá otra noche igual:
nadie llegará de madrugada soplando alcohol

leche

sudor.

Sueña sólo lo soportable.

Otras veces

es el hombre quien espera.

Espera mujeres quebradas a palos

fortunas azarosas mientras lo abrazan fuerte.

Siempre alguien espera.

Pero dócil y singular,

unido a lo que comienza y muere al mismo tiempo,

conoce de antemano la espesura rutilante de este gozo.

MIEDO DE MORIRTE

Miedo de morirte
y mira hacia allá
como pasa la caída de la luna
como son frescos tus labios sobre la mano echada en un
[domingo loco.

Miedo de morirte
y escucha
escucha cómo se escurre el agua a lo largo
[de la casa.

Miedo de morirte
cuando tu rostro resplandece bajo la promesa
[de Abraham.

Adivino tu caída lenta
y majestuosa
hacia la fría losa del piso.

Pero no temas:
he aprendido a sentirte,
a olerte
porque de los temores de los vivos
yo me ocupo.

CUALQUIER MES DEL AÑO

Viajas el viernes,
como si eso fuera cualquier día de la semana
cualquier mes del año
al que nadie le prestara atención.

Hay algo de muerte en ese viaje que te lleva
hechicero perseguido
y te regresa
regalando quincallas y piedras
a quienes se detienen para amarte.

Murió Rudy,
Rudy el rojo,
y lo escuchas al amanecer
no soportando su cabeza roja
su recuerdo de animal herido y nunca muerto.

Pero igual viajas el viernes,
porque los viajes ya no son extraños cuando se piensa
[en los muertos
con la incontenible furia de una vez
anónima
y atroz.

LA BONDAD DEL DIA

Se hace de noche
y penetras
profundo
pensando en la bondad del día.
dulce
Siento
y no quiero olvidarlo
la noche espléndida tras la persiana
la memoria de lo apenas ocurrido
cuando
se hace de noche
y penetras
manso
claro.

*HE PREPARADO TU MUERTE
A PLENA LUZ DEL SOL*

He preparado tu muerte
a plena luz del sol.
Oirás los demonios
en la penumbra del pecho materno:
yertos
quemantes
esperan por ti.
Hasta la más simple palabra
ruego mato grito muero
será descomunal.
Sumadas las explicaciones de rigor
¿quién atenderá las advertencias,
la voz de alto, la verdadera ira
de los suicidas?

LAGARTOS

Hay hombres
que abren las sábanas
y entran.

Sin dulce tumulto
sin calor ni melancolía
sin conjuro.

Son lagartos.
Desterrados.
Miserables.

POCA COSA EN VERDAD

No es muy largo lo que debo decirte:
tiemblo cuando hablo de ello.
Poca cosa,
en verdad.

NO VUELVA MAS POR AQUI

Al infierno todo esto
y duró años sin irse al infierno.
Por eso he venido a verla.

Si usted estuviera tan deprimida,
¿pensaría en todo esto? ¿Habría ve-
nido a verme?

Sólo le falta decir:
dígalo, no lo escriba.

Vamos a ver. Explíqueme lo que
siente. Sé que está sola y no sabe
qué hacer. Haga un esfuerzo.

La habitación me gusta.
El sol alterna con la
penumbra. Trato de no
carraspear. Mantenerme
inmóvil. Pienso en un
carnero con grandes
cuernos, caminando
sobre la alfombra persa.

Usted está cargada de cosas, ¿en-
tiende? Cosas rudas. Unas detrás de
otras. Su madre, por ejemplo. Y su
padre. ¿Qué ha pasado?

Me gustaría visitar la casa.
Es una casa de madama fina y
escrupulosa. Siento que me
achanto sobre la silla. Es el
momento de llevarle flores a

alguien. De emborracharse. De
llevarse por delante media vida.
Estoy asustada.

Tiene que volver atrás. Vivir lo que
no vivió realmente. Es un viaje largo.
Muy largo. Aproveche ahora cuando
está al borde del barranco. Escriba,
pero unas líneas solamente. Piense.

Sí. Eso es. Haré el amor, pero
unos minutos solamente. Lloraré,
un poquito nada más. Gritaré, pero
lo justo. Ningún sonido discordante.
Está contra reloj, la pobre. Trataré
de no olvidar su rostro
para reconocerla cuando
aparezca en sociales.

Cuénteme algo importante. Una si-
tuación importante, como la que
vive ahora. Desea estar sola, ence-
rrarse, ¿verdad? ¿O quizá desea mo-
rirse? ¿Ha tenido ideas raras?

¿Quién me pondrá las manos
encima cuando esté muerta?
Los muertos de Elías huelen
a perros. No lo quiero. Se
muere la gente y uno se bebe
un trago. Todos estos muertos
y uno aquí, con ideas raras.

Vamos a ver. Usted es una niña. Tie-
ne diez años. No le teme a nada, ni
siquiera a los murciélagos. Su madre
la toma del brazo. La lleva a pasear
por el pueblo. Le habla de demonios
y aparecidos. Usted se resiste a ese

brazo que la envuelve toda. ¿Fue entonces cuando sintió miedo?

Pueblos y demonios. ¿Qué sabe ella de todo eso? Viene a preguntarle por el infierno de los desaparecidos. Y me devuelve a la ciudad, a la luz que me llevará a la penumbra. Antes de cerrar la puerta, me dice:

¡no vuelva más por aquí!

ALGUIEN VENDRA

No quiero confundir su terror con el mío.
Siete por siete
y siete más: años de temblor y pasos furtivos.

Alguien vendrá
para detener los lamentos del escogido.
Pero el tiempo dedicado a la espera
se me va entre los dedos.

Ya no es necesario inventar nada
salvo esta terca soledad.

SOBRE TUS OJOS ABIERTOS

a Pierre Goldman

Sobre tus ojos abiertos
no entra aún la sombra

ni el grito

ni el rumor del trueno

No hubo tiempo ni memoria
sólo un aleteo

un murmullo

un lejano rumor de viento sobre el mar

No se ocupen de mí, decías, hay un conjuro
cantado por la nana: nunca ocurrirá lo que no
ha de ocurrir. Cartas, papeles, presagios.
Hablaban de regiones secretas propicias al
dolor, certeras para la muerte fuera del
sueño. Silencio, sólo silencio, exigías
cuando comenzaba la noche y bajabas la cabeza
al escuchar los pasos de la amada.

Me echo a llorar en la plaza abierta
donde caminas sin prisa

ritmo dulce y lento de la tumbadora
trago de ron que da calor por última vez

descarga

descarga

descarga

Miras el cielo duro como piedra
casi caído sobre tu pecho

Lenta y desgarrada
sonora como la primera lluvia de septiembre

se escurre tu sangre en la palma de mi mano
la veo pasar
pasar
correr un poco más
levantar el vuelo

Hasta perderse en el primer resplandor de la mañana

VALIENTE CIUDADANO

VALIENTE CIUDADANO

a María Inmaculada Barrios

*Morid con el pensamiento
cada mañana y ya no
temeréis morir.
(Tratado Hagakuse)*

Dame, señor,
una muerte que enfurezca.
Una muerte tan ofensiva
como a los que ofendí.
Una muerte que soporte la lluvia
de Santiago de Compostela,
y de paso,
mate a los que me ofendieron.

Dame, señor,
esa muerte de la intemperie
que sorprende y tranquiliza.
Haz que esté largando mocos y lágrimas,
suplicando piedad
y deseando muerte ajena.

Haz, señor,
que aquel hombre con piel inédita
reconozca en mí al animal de los olivares.
Que su cuerpo pese sobre el mío
y haga dulce
la entrada al fuego.

Te prometo haberlo visto todo.
La misma culpa con la que nací,
el mismo furor.
Haz, señor,

que esté escuchando a Vinicio de Moraes
y a María Betania
y prometiendo que mañana,
lunes,
me inscribiré en un curso para aprender brasileño.

Que venga la muerte
cuando descubras en mí
alguna oculta intención de poder
y cuando sepas,
por tus informantes,
de mis maniobras para pasar a la historia.
Cuando te digan, señor,
que he agotado todos los recursos de la fatiga
sin pedir clemencia,
entonces, señor,
dame duro.
Haz que este golpe que tengo en la frente
por abrir puertas a cabezazos
se ponga
rojo,
latiente,
doloroso.

Supongamos, señor,
que eres el big-bang.
Que ningún territorio escapa a tu vigilancia.
Que los hot-dogs son tema de tu predilección.
Que tu deseo de mí es parte obscena
de tu personalidad.
Entonces, señor,
examina mi estómago abultado
por los espaguetis de Portofino
por las favadas del Guernica
por los pasteles de coliflor de mi madre
por los largos tragos de cerveza y ron.

Espía, señor, los rostros de mi espejo en el espejo,

yo, la pusilánime astuciosa
la del dedo en el aire
abanicando a la aburrida concurrencia.

Podrías venir al cine, señor.
Veríamos Brazil,
La vaquilla,
Un día de campo,
El cartero y Gatsby.
Me escucharías
sacudida por la risa
y el temor.

Permíteme, señor,
contemplarme cómo soy:
el rifle en la mano
la granada en la boca
destripando a la gente que amo.

Acuéstate conmigo en la madrugada, señor,
cuando mi respiración es un golpe de piedras
en la corriente del río.

Y verás como nada,
ni siquiera la leche de tus cantares,
puede darme una muerte que me enfurezca.

ANIMAL DE OCASION

He tenido que compartir mi lugar.
Nadie me ha raptado
para llevarme al suyo.
No tengo Africa mía a mis espaldas,
ni olas,
ni ollas,
ni una calle en el centro de Dublin.
Sólo he estado allí,
con pocas palabras
y pobres gestos
y pobre cuerpo.
Aprendí al mismo tiempo La Marsellesa
y el Himno al árbol.
Tuve que leer a Rimbaud y a Andrés Eloy.
Tomé scotch y beaujolais,
con tequeños y caracoles y borgoña.
Alguien descubrió el mundo por mí
y me dejó tirada a mitad camino
entre el sol
y la niebla.
Mis hijos fueron blancos
y los hombres que amé,
negros.
Ahora descubro que mientras estaba interna
mi madre escribía cuentos eróticos
y mi hermana entraba en trance con un mecánico.
La plaza del pueblo todavía espera por mí
y me contempla
asomada a la ventana
tratando de apurar la noche.
Mis dedos tienen el color del cebo
y soplo para aliviarlos.
Me leen a Víctor Hugo en voz alta
para que aprenda francés

y todavía no sé quién es Ismael Rivera
y Luis Alfonzo Larrain.

Vete a la mierda,
me dijo mi madre
cuando le reclamé todo esto.
Se dio vuelta hacia la pared y murió.
Ocupé su sitio
detrás de la mesa
y dejé que peinaran mi cabello.

TE DE MANZANILLA

Mi amigo,
el chino,
escribió una vez sobre cómo se sientan
y caminan
las mujeres después de hacer el amor.
No llegamos a discutir el punto
porque murió como un gafo,
víctima de un ataque cardíaco curado con té de manzanilla.
De haberlo hecho,
le habría dicho que lo único bueno de hacer el amor
son los hombres que eyaculan
sin rencores
sin temores.
Y que después de hacerlo,
nadie tiene ganas
de sentarse
o de caminar.
Le puse su nombre a una vieja palmera africana
sembrada junto a la piscina de mi apartamento.
Cada vez que me tomo un trago,
y lo saludo,
echa una terrible sacudida de hojas,
señal de que está enfurecido.
Me dijo una vez:
la vida de uno es una inmensa alegría
o una inmensa arrechera.
Soy fiel a los sueños de mi infancia.
Creo en lo que hago,
en lo que hacen mis amigos,
y en lo que hace toda la gente que se parece a uno.

A veces nos quedamos solos
hasta muy tarde,
hablando de los gusanos que lo acosan

y del terrible calor que le entra todos los días
en esa arena y resequedad.
No ha cambiado de parecer:
un hambriento,
un desposeído,
puede sentarse y hacer amistad con Mallarmé.
Lautréamont nos acompañó una noche
y le dio la razón al chino:
la poesía debe ser hecha por todos.
Y llegaron los otros:
Rubén Darío mandando en Nicaragua,
Omar Khayyam con sus festejos,
Paul Eluard uniendo parejas de amantes.
Entre todos,
sumergimos al chino en la piscina, bajo la luna llena,
y se puso contento
como cuando tenía un río,
unos pájaros,
un volantín.

Ahora está arrecho otra vez,
porque le llevan flores
mientras trata de espantar a las cucarachas.
Quería que lo enterraran en Helsinki,
bajo nieves eternas.
Le dio la vuelta al mundo,
pasando por Londres donde una mujer lo esperaba,
y a su regreso,
tomó un té de manzanilla.
El,
que amaba tanto las sombras,
ya no pudo trasnocharse.
Lúcido y muy hipócrita,
tenía un miedo terrible a morir en una cama.
Sé,
porque me lo escribió en un papelito,
que la frase que más le gustaba era de David Cooper:
la cama es el laboratorio del sueño y del amor.

VIDRIOS ROTOS

Aún tengo el rumor en mis oídos
de los pies desnudos
sobre vidrios rotos.
Y de una adolescente que golpea la suela de sus zapatos
contra la espalda del amigo moribundo.
La opinión general
era que debíamos entristecernos.
Pero sólo la gracia de la irreverencia
nos había tocado,
por arte de magia.
Seguíamos con la cabeza en el mismo lugar
en la perspectiva de un viejo grabado de Da Vinci.
Ellos eran buenos,
nosotros,
mejores.
Sobre el muro,
un letrero para la recompensa:
si ves a un negro durmiendo, no lo despiertes;
está soñando que es blanco.
La muchacha aplicada,
escribió debajo:
si ves a un blanco durmiendo, no lo despiertes;
está soñando que un negro lo viola.
Mi hijo,
mi pan,
mi amor.
Palabras simples de los que regresan a casa
y se echan a dormir,
para no tener que hablar.
Fugazmente,
miran por el balcón y se dejan gotear por la lluvia.
Pero la lluvia no pone fin
a ese eterno y aburrido cielo azul,
donde dicen,

alguien tiene el cabello sedoso
y unas alas de plumas de garza.
Quien lo carga encima,
cada mañana,
sabe de las comicidades del buen ladrón
que justifica el patrimonio celeste.
Sabe de cucas deterioradas y huevos sidosos,
castigados,
porque este no es tiempo de fervor.
Sabe de un hueco en las alturas,
de océanos pestilentes,
de tierras quemadas en ciclos de colosos.
Fue la venganza de la venganza
aquel rumor de astillas en la noche.
Yo provoqué los sucesos cuando dije:
si puedes entender el dolor de un obrero,
¿por qué no entiendes el mío?

UN DIA DE LA SEMANA I

Cuando naciste,
en 1938,
César Vallejo moría.
Cuando tu cabecita,
tu ombligo,
tu cuquita virgen,
asomaban al mundo
entre las hermosas piernas de tu madre,
metían al poeta en un hueco.
Lo cubrían de tierra
y a ti,
te cubría la memoria.
No podías elegir.
Porque si eliges
vives.
Y si vives
gozas.
Pero el goce es el horror del sueño:
dormir va a ser para siempre.
Habrá un olor a pimientos fritos,
voces estruendosas en la barra.
Será un día de la semana,
cuando los muebles cambian de sitio durante la noche
y por las mañanas,
las mujeres hablan solas.
Tu nariz estará sellada y la ceja derecha
más caída que la izquierda.
Las caderas niveladas,
el cabello mal cortado y el cuerpo perdido
en alguna batola que disimule la grasa en tu cintura.
Si tuviste abuelos lunáticos y tristes,
constará en el reporte
de un funcionario responsable.
Te cruzarán los brazos sobre el pecho

y es fatal,
porque ya no podrás
usar el afrín
para respirar mejor.
Falso que tus abrazos fueran convulsivos
y tus furores impredecibles.
Falso el vidrio que aún empañas con tus eructos.
Falsos tus pezones, tus pecas rojizas.
La noche anterior estabas decidida:
si no puedo dormir,
escogeré la muerte.
Pero no esperabas que el pernil de cordero se derritiera,
suave,
lechoso,
sobre tu lengua.
Sólo dijiste:
dos partos,
diez abortos,
ningún orgasmo.
Y tomaste un largo trago de vino.
Vallejo también buscó un pernil de cordero
en el menú de La Coupole.
Todos miraban sus ojos cazurros,
mientras él sólo pensaba en los callados oídos de Beethoven.
Le había preguntado a su compañera:
¿Por qué ya no me quieres?
¿Qué hice?
¿En qué fallé?
El chorizo del cassoulet dejó manchas de grasas en su camisa.
Como tú,
sintió una compasión fatigada de su cuerpo.
Y trató de adivinar quién nacería esa noche,
mientras él tratara de conciliar el sueño.
Morir
requiere tiempo y paciencia.

DIAGNOSTICO

A ver,
abre la boca.
Di aaaaaah.
Muéstrame eso que hizo tu madre cuando eras niña.
¿Ese era todo el misterio?
¿Sexo oral?
¿Manipulaciones?
¿Tacto?
¿Manipulaciones?
Veamos tu útero,
amplio y desfasado.
¿Cuántos niños pasaron por allí?
Los expertos te dijeron
que la naturaleza esperaba por ellos.
Pero murieron igual.
Y si sobrevivieron,
unos son tarados
otros más o menos,
todos bien planificados con la excusa de la soledad.
Tienes problemas con tus dientes,
con la lenta digestión de los indecisos,
con el crujido del hueso occipital.
Eres un paciente más.
Todos quisieran haber nacido en Kansas City
o en Amsterdam
o en Toronto.
O por lo menos,
veinte años más tarde.
Déjame agitarte en esta probeta de marfil,
verificar bien el color de la mezcla.
Asco,
que mal hueles.

CARICIA

La mitad de lo que le ocurra a mi hijo,
será culpa mía.
Qué bien.
Lo dijo así,
recubierta de collares y lunares,
veinticuatro horas después de enviarte a París,
para que aprendieras un idioma
y supieras lo que es estar lejos de casa.
Llega hasta mí
tu rostro de adolescente despeñado,
levantado hacia un profesor ansioso de enderezar
a este pequeño viejo rico.
Hay que ser fuerte,
te dicen:
sólo si lo eres tendrás derecho a cumplir
dieciocho años
y oler la cocaína que quieras.
Y vomitarte sobre la vajilla de tu madre
en la cena ofrecida
para celebrar tu regreso.
Por ahora,
te sacude el frío en el dormitorio de los grandes
y aprietas la medalla que te regaló tu novia
en el aeropuerto.
No he terminado contigo, decía la tarjetica,
prefiero que lo hagan otros.
Y firmaba:
mami que te quiere.
Te sacaron de la galería de espejos
para que no rompieras el diseño de la arquitectura holandesa.
Aun antes de tu llegada
ella sufría de baby blues
porque,
¡ay!, gemía,

no estoy preparada para ser madre.
Ahora eres tú,
quien no está preparado para ser hijo.
Odias lo que está bien,
odias lo que está mal.
Estás perdido entre el Pere Lachaise
y la rue Delambre.
No hay suficientes recuerdos como tú quisieras.
Ya juegas con la inmortalidad:
pobre rata,
qué poco vales en la apuesta,
te gritan los transeúntes a la caída del sol.
Miras el papel higiénico
impregnado de tu caca de niño triste.
De niño malo
enviado a París con un recuadro en el cuello:
menor viajando solo.

EL SILENCIO

El muchacho del supermercado
me dio del tú.
Mira, te traje una botella más grande porque está en oferta.
¿Por qué tengo que ser yo la que corte calabacines
todas las noches
a esta hora?
Se lo conté a una amiga
y alzó los hombros:
cosas del destino.
Unas cortan calabacines,
otras hacen el amor.
El asunto es que el silencio te tome en cuenta.
Llegué hasta el kiosko.
Una negra de culo inmenso
me advirtió:
si no compra la revista,
no la puede leer.
Abrí el libro de Holderlin
y odí a su carpintero
carcelero.

LA LLAMADA

Cuando le pregunté por qué no había llamado
me explicó que estuvo enterrado vivo
y que no le pusieron teléfono.
En sus delgados labios de gallina,
hay,
o no había,
atreimiento alguno.
Todo era estrictamente legal.
¿Es que acaso no crees en Dios?
Si no fuera fácil,
no lo intentarías.
Significado,
significando,
significativo,
signo.
Me acerqué al balcón
y miré hacia el parque,
irritante cofradía de niños chillones
y pájaros tarados.
Escuché el control remoto cambiando canales,
sin sonido.
Sentí a mis espaldas,
su deseo de ponerse los pantalones
y largarse.
Me fui a la cocina a pelar patatas.

UN DIA DE LA SEMANA II

Apretar los párpados para no ver la luz del mediodía,
nunca fue problema para Modigliani.
La verdad siempre nos está esperando
en el fondo de la botella,
advirtió,
mucho antes de alargarle el cuello a sus mujeres.
Es degradante comer en la cama,
pero lo hago,
a riesgo de perder la compañía del flaco.
La cama revuelta,
el libro de Levi-Strauss y Didier,
la servilleta de papel masticable,
¿cuántos años rondando por aquí?
De barriga para ver televisión,
cara al techo para ser amada,
codo replegado para el sueño.
La vida no forma parte de las grandes leyes del universo:
soy un azar solitario
en este espacio de penumbra y rituales.
Escapo ahora a la perspectiva de los que abordan un autobús
o mean detrás de un árbol.
Chimpancé comiendo un sandwich de pavo y mostaza.
Estamos en abril y los ojos miopes parpadean
en sucesivos mensajes deliciosos:
posmo, bonche, pavas, gays, borderline.
Células vivas que me desnudan y cuentan mi memoria.
Toco mi cosita, pulcra de tanto jabón iodado,
lavada
y relavada concienzudamente.
Isla con olor a iodo.
Cosita propicia a la entrada de hongos, herpes, bacterias,
bichos, espumas, plásticos, cobres y cauchos.
Ven acá, mocosa.
El flaco me acaricia con mano paternal:

no reprendas a tu cosita,
ella es mucho más útil que el arte.
Ya arrancó el niño del violín sobre mi techo.
Me parece verlo mofletudo, dientes salidos,
olorosos a pólipos y amígdalas inflamadas,
un enorme callo en la barbilla.
Y dale con la escala,
gangosa,
rasposa,
babosa.
Joder, grita el español del quinto.
Mi madre me decía,
tu me fais grincer les dents,
nada que ver con el
tu me tue, tu me fais du bien,
de Hiroshima mi amor.
De todos modos, mucho antes,
Shakespeare había determinado
que todo hombre acaba matando lo que ama.
Los pliegues de la sábana me lastiman la espalda
tal como lo había anunciado el horóscopo esta mañana.
Pulcro y lleno refrigerador.
La lata de cerveza con sus bordes escarchados
y el jamón envuelto en papel de aluminio.
Cuestión de valores:
walkman, gastronomía, zen, cool, humanismo,
nadie será defraudado por prácticas manipuladoras.
Escojo la cerveza
y corro de nuevo a la cama.
Me pregunto si realmente los derechos del hombre
son una ideología.
Fernando, el único barman alcohólico no jubilado,
habla en rimas:
la noche es tenebrosa
y no tengo a mi osa.
A mi entender, es uno de los pocos que vive
los derechos humanos como una moral.
Ahueco la almohada,
me chupo el dedo,

y espero que llegue el flaco.
Hay días así.

ZANAHORIA RALLADA

El primer suicidio es único.
Siempre te preguntan si fue un accidente
o un firme propósito de morir.
Te pasan un tubo por la nariz,
con fuerza,
para que duela
y aprendas a no perturbar al prójimo.
Cuando comienzas a explicar que
la-muerte-en-realidad-te-parecía-la-única-salida
o que lo haces
para-joder-a-tu-marido-y-a-tu-familia,
ya te han dado la espalda
y están mirando el tubo transparente
por el que desfila tu última cena.
Apuestan si son fideos o arroz chino.
El médico de guardia se muestra intransigente:
es zanahoria rallada.
Asco, dice la enfermera bembona.
Me despacharon furiosos,
porque ninguno ganó la apuesta.
El suero bajó aprisa
y en diez minutos,
ya estaba de vuelta a casa.
No hubo espacio dónde llorar,
ni tiempo para sentir frío y temor.
La gente no se ocupa de la muerte por exceso de amor.
Cosas de niños,
dicen,
como si los niños se suicidaran a diario.
Busqué a Hammett en la página precisa:
nunca diré una palabra sobre tu vida
en ningún libro,
si puedo evitarlo.

BLANCA NIEVES

El amor no es mucho,
si no lo tienes.
Hoy vi a Blanca Nieves
soñando con su príncipe
y preguntándole:
¿cómo van tus ahorros?
¿cómo va tu espíritu?
¿quieres tomar un trago conmigo?
¿quieres montar mi potro salvaje?

EL TESTAMENTO

¿A quién dejarás tus cosas cuando te mueras?
Con los ojos absolutamente abiertos,
cae un golpe de sol sobre la cesta de frutas.
La primavera no es predecible.
Deja,
yo haré la lista y enviaré las cartas.
Y si no puedes dormir,
habrá tiempo para encerar la mesa del comedor.
Falta jabón para lavar,
las naranjas están podridas,
la bañera llena de pelos y grumos.
Nadie,
que yo conozca,
ha deliberado sobre su desaparición.

EL OJO

Colgué de mi muñeca el ojo de vidrio
azul y negro.
No pude recordar quién me lo había regalado,
pero si tienes un ojo medio muerto,
cargar uno totalmente muerto,
en la muñeca,
puede salvarte.
Silenciosos y atemorizados,
cualquier pedazo
de cualquier cosa,
puede
de repente,
decir palabras.
El ojo parpadeó
a las seis de la mañana
cuando me levanté
para preparar desayunos,
desvanecida por la taquicardia del ron.
Se durmió mientras seguía la ruta cotidiana
y le explicaba,
mira,
aquí había un árbol y
ahora unos camiones botan cemento.
Le comenté lo espantoso que es
ir todos los días
al mismo sitio
por el mismo camino.
Llegando a la fundación,
susurró,
llévame a casa, no soporto tus habladurías.

EL MENSAJE

al difícil arte de amar

Te dejo antes de que lo hagas tú.
El mensaje cuelga del espejo
pegado con cinta adhesiva.
Detalle mis ojos
aplicados por el desvelo.
Las manos me tiemblan cuando vierto el agua hirviendo
en la tetera.
Conversaciones, risas, revolcones.
Tengo que empezar otra historia
con preámbulo, asentamiento y final.
Es una mañana muy apropiada para no ir a trabajar.
Cerca del teléfono, veo su agenda.
La P está borrada y en su lugar,
colocó una M.
Recogía objetos,
los cambiaba de lugar,
y de pie,
con los ojos entrecerrados,
observaba cómo les caía la luz.
Nos comprometimos a vivir juntos,
a amarnos,
a honrarnos,
hasta que la muerte nos uniera.
Me lo advertió:
no sé nada de ti
y no quiero saberlo.
Le enseñé a preparar panquecas de zanahorias,
y le leía su horóscopo
antes de salir.
Imagina lo que seremos juntos,
si no nos morimos antes.
Eso me enfureció y le grité.
¿Por qué gritas?, preguntó.
Porque no hay nadie más a quien gritarle.

El tiempo nos hizo indolentes y tristes.
Comencé a hacerle el amor
vestido
y de prisa.
Supuso que era una despedida
y dejé que lo creyera.
Hace la mitad de un día,
me recordó que habíamos dejado muchos proyectos
por el camino.
Al principio, le gusté a su madre.
¿Por qué no casarse con la persona que uno ama?
Se echó a reír,
mordiéndose la punta de los dedos.
Si nos casamos,
nos volveremos locos el uno al otro.
Me senté en el borde del sofá.
Seis meses sin prórroga.
Una botella de vodka en el congelador,
un maletín a medio llenar.
El teléfono repicó,
tercamente,
sobre la lista de compras:
leche, agua, naranjas, cigarrillos.
Si te cuento una fábula,
tendrás que mejorarla.
Soy mala para los finales.
El timbre del intercomunicador sonó dos veces.
Pulsé el botón
y la esperé con la puerta abierta.
Tomó la agenda
y frunció el ceño.
Hay cosas a las que no me adapto,
murmuró enojada.
Cuando me separé de ella,
se escurrió hasta el suelo
y se desprendió el lazo que sujetaba sus cabellos.
Arranqué el mensaje del espejo
y comencé a afeitarme.

ARANJUEZ

No seas ridícula.
Nadie muere aguantando la respiración.
Piensa en tus huesos quebradizos,
en tus pliegues sudorosos,
en tu vagina seca
y tu calvicie incipiente.
O en un paro cardíaco cuando finjas un orgasmo.
De eso mueren las mujeres.
¿Por qué tienes que ser tan obsceno?
Porque hace veinte años que no voy a Aranjuez
y eso me pone de mal humor.

EL DOLOR

Doblé con cuidado sus camisas
y vacié la gaveta de la mesa de noche.
Dada la magnitud de mi dolor,
leí a Marguerite Duras,
hostil y dulzona ella,
tejiendo un chal para su amado.
Al quinto día,
abrí las cortinas.
La luz cayó sobre el cubrecamas manchado de grasa,
el piso lleno de desechos,
el marco de la puerta descascarado.
Tanto dolor,
por cosas tan feas.
Miré una vez más su cara de ratón
y tiré todo por el bajante de la basura.
La vecina,
alarmada por semejante volumen de basura,
me preguntó si me sentía bien.
Duele, le dije.
En mi buzón colocaron un anónimo:
«el que tenga un amor
que lo cuide
que lo cuide
y que no ensucie el bajante de basura de la comunidad».

EL DIA DE LAS MADRES

Hoy,
día de la madre,
el flaco me llevó a una ferretería
para comprar una llave de paso.
Y le pregunté:
¿no piensas comprarle una batica a tu mamá?
Se acercó,
me besó
y me contestó,
«el lunes pensaré en eso».
Nos fuimos a casa,
cocinó para mí,
escuchamos a Luis Alcaraz,
Daniel Santos y Maelo.
Decidimos que éramos hijos de probetas
fecundados en matrices de cochinos.
Eso impidió toda discusión.

HORARIO

¿Qué hiciste hoy?
Leí el periódico y no reconocí a ningún amigo.
Derretí la escarcha de la nevera para que la cerveza
enfriara mejor.
Me di un baño de espuma.
Sequé mi cabello.
No parece que hayas hecho tantas cosas.
Hago muchas cosas y nadie se da cuenta.
Puedo verme en el fondo de las ollas
y en el piso de la cocina.
Pero no saliste. Lo habías prometido.
Estuve en la parada.
Levanté la mano y nadie se detuvo.
Tampoco leíste el libro que te compré.
No tuve tiempo.
Nunca tienes tiempo.
Tú tampoco. Y no te molesto preguntando
¿qué hiciste hoy?
Imagino cómo pasan las horas en esta casa.
Pasan,
te lo aseguro,
pasan.

BEATRIZ

Con pene o sin él,
hay cosas que no se pueden hacer
cuando se comienza a sudar
o cuando duele la próstata.
Por eso se suicidó Beatriz
a los cincuenta y tres años.
No quiso participar en la grotesca ceremonia
del elogio a la decadencia.
Cubrió todos los espejos
y colocó sábanas de satén en la cama.
Se suponía que moriría allí,
pulcra y perfumada,
desoyendo al roedor que le mordía la respiración.
Pero prefirió el sofá,
donde había hecho el amor anoche,
con un fiestero profesional,
alquilado para la ocasión.
Dejó una lista
de equivocaciones y aciertos.
La escritura es lo de menos, anotó,
y estampó su firma con letra pequeña,
para que creyeran que era apócrifa.

LA MAYORIA

Es cierto que en abril los lirios se pudren,
el trigo crece
y se manchan de sangre las dormilonas infantiles.
Todos nacimos en abril:
niños,
supimos que obedecer implicaba paz.
Adolescentes,
descubrimos el valor de la rendición condicionada.
Finalmente,
no morimos en el intento.
Ahora somos sumisos y secretos,
gordos de ojos saltones
y carnes blandas.
Preparamos palabras suculentas
que pasan por el molinillo de carne,
y un perro, bien educado,
espera para engullirlas.
Recién cogidos desafiantes,
meados a destiempo
y solemnes imberbes,
ocupamos el primer lugar en las encuestas.
Somos lo que llaman,
la mayoría.

NUBES SOBRE EL CIRCO

La mañana de Carolina comienza a las once,
puntualidad extravagante
de los insomnes.
La nueva vigilia exige pequeñas rutinas.
Limpieza de los párpados oscuros y del rimmel agrietado,
hasta dejar los ojos enormes solos,
en medio de una cubierta
blanca
y pastosa.
Carolina recuerda la estrella en la mejilla de la niña
suspendida del trapecio.
Su sonrisa brilla en la penumbra del baño.
La piel cobra de nuevo su transparencia.
El cabello enmarañado y opaco vuela solo.
Carlos la contempla hundido en el sillón de cuero,
desgonzado,
profundo.
Carolina tiene largos dedos sin uñas,
y cuando levanta los delgados brazos,
muestra sus axilas mal afeitadas.
Hoy es viernes,
dulce viernes, le recuerda.
No es dulce viernes,
es tierno jueves de Faulkner, le responde.
Carolina es un accidente fortuito
de cópulas dominicales.
Su madre sólo le trajo infamias cotidianas:
tu padre es una m-i-e-r-d-a, delectaba.
La mujer de servicio nos roba,
el chofer tiene relaciones con ella,
se quemó el asado,
no tengo nada que ponerme.
Carolina se queda dormida,
el rostro bajo la cobija.

Todavía le faltan unos cuantos pasos
para terminar con la rutina.
La ducha, la recogida del cabello, el traje a escoger.
Cúpulas en Roma, en Leningrado, en México.
¿Quién dijo que la revolución era un exceso?, pregunta.
Trotsky, responde Carlos.
Las estrellas y los cometas no son gratis,
¿quién dijo eso?
Un actor llamado Gene Amoroso, en la película
Tres mujeres.
Carolina come una tajada de queso.
Otra de pavo.
Una cucharada de miel.
Ambos se miran, esperando los acontecimientos del día.
Los viejos pueden hacer lo que quieren,
a nadie le importa.
Botar lo que no sirve.
Chorrearse de sopa y salsa.
Escupir y eructar.
Dame tiempo, dice Carlos.
Después de tanto silencio, soy muy paciente contigo,
dice Carolina.
Bien.
¿Cómo empieza una pelea entre amantes?
Poniendo nubes sobre el circo.
Respondiendo cuando te hablo.
Siendo compasivos.
Comiendo alcaparras.
Corten,
murmura Carolina.
Se levanta,
liviana,
de buen humor.
Salgamos,
no quiero perder mi identidad.
Carlos endereza el cuello de la horrible batola
y la lleva a comer en un restaurante sin estrellas.

INDICE

EL CANTO DE MUERTE
DE MIYO VESTRINI
Julio Miranda, 7

LAS HISTORIAS DE GIOVANNA (1971), 17.

EL INVIERNO PRÓXIMO (1975): I, 53; II, 54; III, 55; IV, 56; V, 57; VI, 58; VII, 59; VIII, 60; IX, 61; X, 62; XI, 63; XII, 64; XIII, 66; XIV, 67; XV, 68; XVI, 69; XVII, 70; XVIII, 71; XIX, 72; XX, 73; XXI, 74.

POCAS VIRTUDES (1986): En el patio de Anaïs Nin, 79; De letanías y pocas virtudes, 81; Sólo tú dirás, amigo mío, 84; ¿Qué decirte hoy?, 85; Los paredones de primavera, 86; Los poderosos, 87; Extraño adivinador de palabras, 88; En marzo no se nace dos veces, 89; Nadie parece estar ya triste, 90; Hora de putos y perros necios, 91; Cuando levanto la cabeza de madrugada, 92; Desacato a la muerte, 93; Ciertas jornadas se hacen largas, 95; Muy poco y muy gris el tiempo que te queda, 96; No hay razón para envejecer juntos, 97; Así de simple, 98; Llego tarde porque me siento sola, 100; La espesura rutilante de este gozo, 101; Miedo de morirte, 102; Cualquier mes del año, 103; La bondad del día, 104; He preparado tu muerte a plena luz del sol, 105; Lagartos, 106; Poca cosa en verdad, 107; No vuelva más por aquí, 108; Alguien vendrá, 111; Sobre tus ojos abiertos, 112.

VALIENTE CIUDADANO (inédito): Valiente ciudadano, 117; Animal de ocasión, 120; Té de manzanilla, 122; Vidrios rotos, 124; Un día de la semana I, 126; Diagnóstico, 128; Caricia, 129; El silencio, 131; La llamada, 132; Un día de la semana II, 133; Zanahoria rallada, 136; Blanca Nieves, 137; El testamento, 138; El ojo, 139; El mensaje, 140; Aranjuez, 142; El dolor,

143; El día de las madres, 144; Horario, 145; Beatriz, 146;
La mayoría, 147; Nubes sobre el circo, 148.

Esta edición de TODOS LOS POEMAS se
terminó de imprimir el día 11 de marzo de
1994 en los talleres de Editorial Melvin,
situados en la Calle 3 B, Edificio Escachia,
La Urbina, Caracas, Venezuela. Impre-
so en papel Tamlux.